

Alejandro Sux

Cartas de París: Una charla con Vicente Blasco Ibáñez en su villa de la Costa Azur
(*El Mundo* [Puerto Rico], 4-10-1923)

Menton, septiembre 19 de 1923.— Hace dos o tres años, aprovechando lo que ya era escandalosa baja del marco, compré en Berlín una enorme caja de soldados de plomo para Ariel. Los soldados de plomo no eran tales, sino pieles rojas, negros-africanos, árabes, caballeros medioevales y legionarios romanos. En París, el muchacho hizo espumar de envidia a los amiguitos de la barriada, y él, que se daba cuenta cabal, no faltaba día sin invitar a algún colega del Liceo para que viniese hasta casa con el objeto de admirar esos juguetes, únicos, espléndidos. Luego él me contaba que Fulanito había logrado hacerse regalar por su padre un barco mecánico de doscientos francos, una locomotora de trescientos u otro juguete costoso que compensara, si no el objeto mismo, por lo menos el precio de él... ¡había que ver la caja de soldados de plomo, dorados; etcétera, parecía de un precio fabuloso y era de un efecto estupendo! Los que daban lástima eran los chicos pobres de la vecindad, que sabían de antemano que no podían ni soñar con una compensación materializada en barco o locomotora, y que, para vengarse, trataban de romper las lanzas de los caballos medioevales, torcer los escudos de bronce de los legionarios romanos o inutilizar las flechas de los salvajes, cada vez que la ocasión se presentaba... ¡La envidia es el veneno más sutil y venimos al mundo con o sin él, como venimos con el cabello negro o rubio!

En Mentón acabo de ver a Blasco Ibáñez, y esta visita meticulosa de su jardín y de su biblioteca, este enumerar de mejoras, de viajes, de gastos suntuarios enormes, esta contabilidad funambulesca de sus *films* cinematográficos, sus novelas traducidas al ruso, al chino, al checo-eslovaco... ¡qué sé yo!..., todo esto me hizo pensar en Ariel y en sus soldados de plomo, en Ariel y en sus amiguitos que espumaban de envidia ante esa colección única en París.

Ya conocía a Blasco Ibáñez. Una vez, recién desembarcado de la Argentina, durante un banquete que en París se daba a Pío Baroja, y en el cual me tocó de vecino, lo que me permitió conocer sus ideas sobre la Madre Naturaleza y las ventajas de la vida primitiva...

—¡La naturaleza, la naturaleza!... —decía— déjese usted de eso, hombre. En su país se le meten a uno cuanto bicho existe por los ojos, la piel, los pies, la cabeza... y luego las espinas, y el lodo, y las víboras, y los tigres... ¡La Madre Naturaleza! Eso dicen los que no durmieron nunca en su regazo, como yo, sin más techo que las estrellas y sin más coberturas que el poncho.... ¡A mí con esa!

Otra vez en casa de una hermosa y millonaria compatriota mía casada con un pintor compatriota suyo, en París, durante una de esas fiestas mundanas, ensalada rusa, de razas y de tipos, que solo conocen los que las han presenciado aquí Blasco Ibáñez acaba de levantarse del lecho, especialmente para asistir; le habían abierto la espalda por no sé qué cosa, pero él, como si tal... ¡bailó toda la noche!

Una tercera vez en París, durante la guerra; después durante la inauguración de una aldea venezolana regalada a los mutilados por la metralla. Y esta vez.

No conocía, pues, a Blasco Ibáñez. Los que le conocían —o decían conocerle— me hicieron un retrato bastante *chargé*. Blasco no sabía comer, no sabía hablar, no sabía pensar, no sabía leer, no sabía escribir, ¡no sabía nada!... ¡Blasco era un idiota, un imbécil, un gorrino, un mercachifle, un pirata...!, lo peor de lo peor. Naturalmente, yo creía a medias y esperaba poder juzgar por mí mismo.

De paso para Italia, a causa de una *panne* de auto, hemos tenido que hacer alto en Menton, y, mientras mis amigos buscaban donde restaurarnos y esperar la compostura del desperfecto, yo recuerdo que en este rincón de la admirable y maravillosa Costa de Azur tiene un palacio de hadas don Vicente, un pequeño castillo raro y bello que llama Fontana Rosa, con puertas y ventanas, terrazas y galerías abiertas sobre el «mare nostrum» y sobre las montañas que nos hacen presentir los Alpes.

Según un joven uruguayo que nos recibió —su secretario privado—, Blasco Ibáñez no recibe a nadie hasta después de las cuatro; pero yo insistí:

—¡Pásele usted esta tarjeta!

Y así fue. El hombre «poseur», el asombrador de burgueses, me recibió en su inmensa biblioteca sin ninguna ceremonia, con la cordialidad más familiar y simpática.

Blasco, así, vestido a su manera —entre capitán de barco y explorador—, es bien él, y él da una sensación de energía y voluntad extraordinarias. Jamás me pareció más robusto, sano y contento de la vida, no porque lo dijese o demostrara, sino porque se sentía así y su irradiación confiada y robusta era contagiosa.

Esa biblioteca, con sus inenarrables estantes de libros, como ejércitos que presentaran las armas, parece un templo: el templo de la conquista, de la aventura, de la fuerza y la audacia. Una inmensa reproducción de la Victoria de Samotracia extiende sus alas encima del exiguo escritorio donde Blasco corrige el trabajo de su secretario —porque Blasco no escribe, dicta y el secretario dactilografía—. Como adornos algunos retratos de celebridades de todo orden con expresivas dedicatorias: Pearl White, Kipling, el general Foch...

... Y don Vicente habla:

—Aquí me tiene usted dando los últimos toques a mi próxima novela que se titulará *A los pies de Venus*. Acaba de aparecer La reina Calafia... un exitazo colosal. ¡Sesenta mil ejemplares!... ¡Se está traduciendo ya a siete idiomas! Y, por supuesto, se hará con ella una película... Claro está, como que tengo un contrato muy serio con una empresa de cine de Los Ángeles... Aquí no tengo más que libros míos traducidos... En español ninguno.

»Ayer vinieron unas multimillonarias de Boston, de Chicago... ¡qué sé yo! Y se llevaron los últimos ejemplares en inglés... Estuvo Míster... el célebre fabricante de... Cincinnati. Muy amigos a causa de que él y yo somos los únicos en Francia que poseemos un Cadillac, ¿sabe usted? ¡La mejor marca del mundo! Yo llevo dentro de ella un vaso de agua sin derramar. Me lo traje de los Estados Unidos junto conmigo, en la bodega... Muy cómodo, usted comprende... Uno desembarca, coge su coche y ale... ¡en camino de casita!... Venga usted que le enseñe mi jardín... ¡Es el mejor de toda la Costa de Azul! Ah, sí, sí, sin ninguna duda... Fíjese usted, este banano es el único, el único que dé bananas en esta región... ¿Ve usted esa palmera?... Es la más alta del lugar, se ve desde Montecarlo.

»Ahora estoy haciendo edificar una torre para guardar los carteles que se han impreso a cada aparición de mis obras... Una torre de cuarenta metros de altura... ¿De piedra? No, no, no,... cemento armado, hierro y concreto a la... *yanquee*... Un fierro, otro fierro y, ale, para arriba. La vida es muy vertiginosa ahora para esperar la construcción de una torre de piedra, tallada. ¿No le parece?... Ve usted esos bancos pompeyanos, los mosaicos son de Valencia; los hice venir expresamente para mí; ya me copian en los alrededores... ¡Oh, es muy fácil!... Uno fleta un barco, lo carga en el Grao y lo descarga en Niza, o en Marsella... ¡facilísimo! Si usted necesita mosaicos de Valencia, yo le daré las señas del fabricante, muy amigo mío... Todo está, como usted ve, no está terminado; cuesta mucho dinero hacer todo eso; ahí tengo invertido lo menos medio millón de francos... ¡Ca, eso no es nada!

Después me habló de sus proyectos:

—Ahora en septiembre, me voy a los Estados Unidos. Después me embarco en un yate que le llaman el de los multimillonarios, para dar la vuelta al mundo: ¡carísimo! ¡Muchos miles de dólares!... En fin, es mi último viaje... salvo que tenga que volver al Japón, pues de allí me llaman algunos amigos, para cuestiones de literatura y cine... Después a casita... Otro de mis proyectos es arreglar la cuestión del premio a la novela española que deseo instituir; nada de pequeñas sumas que no sirven para un comino... Las cosas deben hacerse como en los Estados Unidos... Yo dejaré un millón para la novela, ¡un millón de pesetas! De esa manera, cuando un muchacho de talento cobre los beneficios del

premio, podrá trabajar en paz hasta su otro triunfo... Yo gano una barbaridad, por eso puedo hacer las cosas en grande... Mire usted: abro una ventana y entra un millón, abro una puerta y entra un río de oro. Por eso yo puedo acometer ciertas empresas.

»Pero lo de la novela española es para ahora, en seguida a mi vuelta de este viaje alrededor del mundo...

...Y me habló de la gente que ocupa, de los autos que tiene, de las horas que trabaja, de cómo reparte su tiempo en la Costa de Azur, de lo que come, de lo que bebe, de lo que le cuestan los zapatos, de la bondad de las cosas *yankees*, de los placeres del confort, de la alegría de los viajes, de la borrachera de sus triunfos... ¡Y yo pensaba en Ariel y en sus estupendos soldados de plomo! ¡Cómo comprendo a este coloso con alma de niño!..., ¡Y cómo me explico ahora el odio que se le tiene, las envidias que provocan, los complots de silencio, las confabulaciones de la crítica!... ¡Vicente Blasco Ibáñez gana dinero con su pluma!... ¿Comprendéis el crimen de ese hombre, en países como los nuestros, España comprendida, en los cuales el escritor está asimilado al cómico y al maestro de escuela?

Yo conozco otros casos. Ahí llegó cierto joven poeta sudamericano de talento y sus compatriotas le dieron para vivir miserablemente, los intelectuales especialmente, ¿pero abrirle un poco la maleza literaria de París? ¡Jamás! Ahora no se sabe más de él. Sintieron el peligro del triunfo y lo eliminaron del mercado. Otro señor que llegó miserable a París, periodista, poeta, novelista. Todos le prodigaban consejos «bien intencionados» para que abandonara la heroica lucha... Entonces se hizo el silencio a su nombre, se le calumnió, se le tendieron celadas, se le zarpó el terreno... pero el muchacho tenía pasta de triunfador y hoy es alguien, no solo en los países de lengua castellana, sino también en los otros.... ¿Qué ha ocurrido...? La confabulación de los derrotados, de los pequeños, de los mezquinos, de los que llegaron aquí con prebendas, con dinero de papá, con esposas o amantes ricas, con trampolines de toda especie, y que, a pesar de eso, deben pagar tanto la línea para que sus nombres no sean tragados por el olvido... Ellos forman un bloque, una federación del auto-bombo, de creer lo que se dicen en sus revistas lujosas pero que no lee nadie, todos son genios... pero ninguno es capaz de ganar el pan que comen con el deslumbrante fósforo de sus cerebros... ¡Ah, pero ellos se defienden! Ellos son la «élite», la «aristocracia»... y los que tienen que ganarse la vida.... ¡mercachifles!...

Eso le ocurre a Blasco. Naturalmente que todos los pobres diablos que no pueden comer según su apetito, hacen lo que los chicos miserables con los juguetes de plomo de Ariel: no pierden ocasión de romper las lanzas de los caballeros medioevales, torcer los escudos de bronce de los legionarios romanos o inutilizar las flechas de los salvajes... Los otros le dicen a sus papás que les

compren un juguete compensador: una locomotora de 200 francos o un barco mecánico de trescientos...